

**COMUNICACION
POPULAR
EDUCATIVA**

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	5
EL PODER DE LA PALABRA Carlos Rodríguez Brandao	19
LA COMUNICACION POPULAR EN LA DEMOCRATIZACION DE LA COMUNICA- CION EN CHILE Fernando Ossandón	45
APUNTES SOBRE COMUNICACION POPULAR EDUCATIVA Daniel Prieto Castillo	79
UN CUESTIONAMIENTO AL PROMOTOR Y LA METODOLOGIA CINEP	101
LA RADIO: UN MEDIO MASIVO QUE PUEDE SER ALTERNATIVO Carlos Crespo Burgos	117
LOS MEDIOS EN LA COMUNICACION EDUCATIVA RURAL Gloria Dávila de Vela	135
ESTRATEGIAS DE COMUNICACION Eduardo Contreras	147

MENSAJES: EXPRESION Y CULTURA CRITICA Daniel Prieto Castillo	157
LA CAPACITACION EN LA PRACTICA DE LA COMUNICACION POPULAR Alfredo Paiva	163
LAS PRACTICAS DE LA COMUNICACION POPULAR EN EL REDIMENSIONAMIENTO DE LA INVESTIGACION EN LA COMUNICACION Eduardo Contreras B.	179

PRACTICISMO Y TEORICISMO EN COMUNICACION POPULAR

EDUARDO CONTRERAS
Fue director de ASER, proyecto de investigación de la educación radiofónica regional, en la Asociación Latinoamericana de Escuelas Radiofónicas (ALER). Es Maestro y Doctor de la comunicación de la Universidad de Stanford, California. Como miembro del equipo de expertos internacionales de CIESPAL, se ocupa actualmente de formación en planificación de la comunicación, orientada al trabajo con sectores populares.

Una tensión subyacente a éste y a muchos otros seminarios que intentan ser un lugar de encuentro entre la experiencia y la reflexión es la esquizofrénica relación teoría-práctica que llevada a sus extremos es calificable de practicismo versus teoricismo.

Durante algún tiempo predominó en nuestra región el privilegio de lo teórico y a nivel de la macro: aparatos ideológicos, modo de producción, dominación y hegemonía, estructuras y más estructuras, discursos sobre el discurso dominante (era sólo uno y homogéneo: sin brechas, cooptador de todo, puro y teleológico). Todo ello era prerequisite para el estudio de la comunicación. Quizá, en el paroxismo, eso era en sí la comunicación. Sin un cuerpo teórico bien pulido jamás se llegaría a comprender a cabalidad lo que estaba sucediendo en el terreno de las prácticas comunicativas. Estas podrían esperar.

Visión, además, profundamente fatalista. No había cómo escapar de ese aterrador sistema dominante que todo lo impregnaba.

Un engranaje maravilloso que se revelaba cada vez más, tras cada estudio más demoledor de la lógica del capital, como una obra divina, inexpugnable, inmutable, devoradora de todo esfuerzo alternativo que, por lo demás, se presentaba como vano esfuerzo contestatario.

Sea por los vaivenes políticos de la región, por las oportunidades perdidas, por el propio cansancio de un teoricismo estéril, por el flujo y reflujo de modas comunicacionales, el hecho es que de pronto fueron descubiertas las prácticas de comunicación popular. “Descubiertas” como se descubrió a América creyéndola Las Indias. Algo que no existía, y que de pronto está allí: terreno generoso, virgen y pleno de riquezas. Y “descubiertas” en el sentido de quitarnos las vendas de los ojos teóricos y contemplar, admirados, aquello que habíamos ignorado.

Ignorado e inexistente para algunos muchos. Pero esas prácticas no habían esperado la resolución teórica de infinidad de “problemáticas” que ellas debían enfrentar —que ya estaban enfrentando— en su tarea cotidiana. Allí sí, en el terreno, se estaba “descubriendo” la riqueza de las variadas prácticas de comunicación popular. Primero, mediante un trabajo benévolo y paternalista, unidireccional, de promoción social. Luego, mediante cuestionamientos —aún no agotados— del papel del “agente externo” y el fomento de procesos más o menos espontáneos de comunicación popular, en que el propio pueblo iba descubriendo —a veces se le hacía descubrir— sus capacidades y modalidades expresivas y comunicativas, y las ponía al servicio de sus aspiraciones, necesidades y proyectos. Se descubrieron limitaciones y errores, muchos errores. Pero se siguió. Se fueron redefiniendo los ámbitos de cooperación entre grupos populares y agentes e instituciones mediadoras. De los dirigismos y espontaneísmos iniciales surgieron aprendizajes para una relación más adecuada; necesidades, mecanismos y contenidos de formación concordados con la real situación concreta, histórica y específica de múltiples grupos populares en el campo primero, en los espacios marginales

urbanos luego, y en las organizaciones de base y de clase después. Larga y rica historia de la cual apenas conocemos fragmentos.

Como sea, el hecho es que las preocupaciones teóricas en comunicaciones por un lado, y las prácticas de comunicación popular por el otro, marcharon durante tiempos por sendas divergentes. Muchos acompañamientos a prácticas hoy llamadas de comunicación popular no nacieron de los comunicadores profesionales, como sí aconteció notablemente con los educadores que, con todas las contradicciones que se quiera, entraron a ocupar un inicial rol acompañador mediante la alfabetización y la educación de adultos, la educación no-formal, la concientización, etc. Y los educadores populares de hoy en día han tenido un duro aprendizaje desde las prácticas populares con sentido educativo. Es hora ya que acontezca lo mismo con los comunicadores. Para eso habrá que aprender y desaprender bastante.

Si por un lado el teoricismo fue una anteojera para muchos, por otro lado los grupos que estaban en el terreno, haciendo comunicación popular o al menos intentándolo, cayeron muchas veces en el practicismo, en un vértigo apasionado del hacer —acosados por las múltiples exigencias de proyectos de carne y hueso — sin tener momentos suficientes para un alto en el camino, para reflexionar sobre lo que se hacía y su sentido. Practicismo junto con un necesario mesianismo. En los momentos en que esas prácticas se desenvuelven huérfanas de apoyo, contra la corriente, aisladas y solitarias, golpeadas y reprimidas, efímeras, hay que creer profundamente en lo que se hace; creer que el esfuerzo equivale a la efectividad, descontar la crítica de los que juzgan desde afuera, como condición para hacer sobrevivir la esperanza.

“¿Cómo pueden ustedes saber de lo que hablan, y para qué nos sirve, si sólo han hablado, pero no hecho?”, será una queja. Y otra: “¿Cómo pueden haber hecho esto y lo otro sin una buena base teórica y conceptual?”

Primero hay que conocer y saber, para luego y sólo entonces hacer”.

Recelos hay entre teóricos y prácticos gracias a los teoricistas y los practicistas. Superables claramente, sí. Con conciencia que hay que resolverlos, sí. Pero de existir aún, sí también. Y este Seminario reflejó en parte dicha pesada herencia. Ya no vimos teoricistas ni practicistas, sino algo nuevo emergente. Pero había aún resabios de lo viejo.

Un modo de evitarlos es juntar sólo a teóricos de la comunicación popular, como de hecho ha acontecido en algunos seminarios. O si nó, dejar que en otro momento y lugar se junten los prácticos a intercambiarse sus experiencias para seguir haciendo más o menos lo mismo, como también ha sucedido a veces.

Personalmente, me ha tocado estar en ambos tipos de encuentros. En unos, abundan las generalizaciones —triumfalistas o nihilistas, da lo mismo: están despegadas de prácticas reales. En otros, se insiste en la “unicidad” de cada experiencia —la única posible, legítima e intachable— y hay resistencia a aprender de los demás. Sobre todo, se da la tendencia a “vender el rollo” y una terrible falta de ingenuidad para destacar los errores, las falsas partidas, el ocaso de las experiencias.

No es que estas situaciones se hayan dado en este seminario. Las personas que vinieron a este encuentro estaban vinculadas a prácticas de comunicación popular. Se pretendía que representasen a organismos e instituciones intermedias de apoyo a dichas prácticas en diversas instancias: coordinación, uso de medios y elaboración de materiales, formación y capacitación, investigación, mecanismos de trabajo en terreno, servicios de enlace y documentación, etcétera. Lo que las diferenciaba era el grado de proximidad —o de lejanía, si se prefiere— con prácticas cotidianas de educación-comunicación en la base popular, más allá de las especificidades del trabajo de cada cual.

Pero se detectaban aquellos resabios —justificables históricamente o no, pero existentes— de la pugna teórica-práctica en diversos ámbitos de la discusión. No fueron resueltos, pero creemos que se dio un paso positivo para entablar un diálogo útil para las prácticas de comunicación popular entre los distintos niveles, formas e instituciones de apoyo allí comprometidas.

Porque el desafío presente es doble, en cuanto a una mejor relación teoría-práctica que no degenera en el título de esta nota:

- a) Consolidar y articular mejor los conocimientos y experiencias que se han estado derivando de las prácticas —ya no aisladas— de comunicación popular, con todo lo que ello implique de fecundación mutua, de aprendizaje y de posibilidades de generalizar algunos principios, estrategias y mecanismos que se han probado ya en diversidad de experiencias. Esto significa capacidad de trascender la unicidad, el localismo, las faltas de oportunidades para una reflexión más elevada y crítica sobre lo que se hace.
- b) Evitar que las prácticas de comunicación popular y las reflexiones más generales que a partir de ellas vayan surgiendo, sean capturadas por excesos teóricos y apropiadas por vanguardismos intelectuales que prescriban lo que hay que hacer.

Por ello es que creí necesario resaltar esta mal resuelta dicotomía aún presente en el debate sobre las experiencias de comunicación popular. Y particularmente por ese riesgo que dichas prácticas se transformen en un objeto discursivo de moda.

Y es bueno ya plantearlo de una vez. No se trata de una percepción iluminada: ya muchos otros se han planteado asuntos similares. Pero muchas veces se lo hace entre pasillos y a media voz. Y si lo planteamos como Introducción a este libro es porque tememos que de pronto las ponencias que siguen se transformen en rece-

tarios, en sustitutos teóricos predigeridos de un aprendizaje y una reflexión que debe originarse en la vivencia de las prácticas de comunicación popular. Y esto muy a pesar de la clara intención de sus autores. No sucedió así en el Seminario, pero podría suceder con el libro: las ponencias que eran allá una invitación abierta a la reflexión y el debate y que cristalizaban vivencias, son ahora, santificadas en la magia del poder de la palabra impresa, la posibilidad de una prescripción de los deber ser y de los no deber ser para un tipo de lectores: los que vienen desde afuera a descubrir —y por qué no, a conquistar— la comunicación popular.

Recetarios de todo tipo: operativos (los menos), teóricos, políticos, ideológicos. Especialmente deseos de recetarios. Y sucede que comparto el cansancio de tanta declaración triunfalista, de tantas sanas y sesudas prescripciones de cómo todo se va a arreglar a fuerza de textos, palabras y consensos básicos. De que basta tomar conciencia que algo no anda, que es un problema, para que mágicamente ya deje de serlo. Resolución mítica de contradicciones reales.

Por ello es que prefiero insistir en nuestro aprendizaje de los errores, de los pasos en falso, de los fracasos inclusive. Y por otra razón más de fondo: la prescripción del deber ser, del modo correcto de hacer las cosas, del manual y de los manualitos tiende a erigirse en moralismo. Bien intencionado, sin duda, pero algo en el aire y en donde proliferan en libremercadismo tanto los consejos prácticos de quienes efectivamente han cristalizado largas y ricas experiencias del hacer con quienes desde un sitio poco contaminado con prácticas cotidianas prescriben, dictan, pontifican, advierten y cohiben.

En cambio, la perspectiva más ingenua que reconoce errores y limitaciones, que detalla y reflexiona sobre enfoques y procedimientos que en la práctica no han dado los frutos esperados desde la teoría o como remedio a

otros procedimientos que tampoco resultaron, es una perspectiva más realista y más rica, más contextualizada, más útil para el aprendizaje a partir de lo que en efecto se está realizando, y que tiende a ponderar de un modo diferente los textos que no acompañan a prácticas de comunicación y educación popular pero en los cuales, sin duda, también hay riqueza si se la sabe buscar.

¿Corresponden acaso nuestras prevenciones a un problema real? Sí y no. Por el lado del no, es evidente que los que están inmersos en dichas prácticas cotidianamente ya están inoculados en buena medida contra excesos teoristas y prescripciones moralistas ex-cátedra. Saben reconocer una reflexión teórica pertinente. Si —por el contrario— adolecen aún de un defecto, éste es precisamente el ya anotado: la carencia o la postergación de momentos de reflexión más teórica, presionados por el activismo y las diarias e interminables minucias de que se componen sus prácticas de compromiso popular.

En cambio, tenemos razón en explicitar estas prevenciones para el otro tipo de lectores de este y otros textos sobre comunicación popular: el universitario que está “descubriendo”, fascinado, esta nueva área de la comunicación. En varias escuelas de comunicación ya se está instaurando la cátedra de comunicación popular. Y salvo interesantes (y ojalá crecientes) excepciones, existe el serio riesgo que ella se transforme en sólo otra materia más, en otro objeto de estudio, en aquel eufemismo autojustificador del intelectual inactivo: una práctica teórica.

Trascribamos como cierre a estas mal hilvanadas reflexiones un párrafo de la ponencia de Daniel Prieto que se presenta en este libro:

“Recuerdo un seminario en el que una colega manifestaba lo siguiente, ante unos mensajes propuestos por un grupo de base: les falta esto y esto y lo otro, no estamos ante una comunicación alternati-

va pura. Ella se quedó con su pureza y el grupo continuó con su impura labor en la comunidad”.

Sin duda, no es esto lo que queremos al propiciar **encuentros** como el que aconteció. Lo que queremos está tal vez reflejado en las ponencias que siguen, en cuanto al **acompañamiento de reflexión** sobre prácticas de comunicación popular. Porque hay otras tareas también. Pero aquí no se hallarán respuestas unívocas ni recetas para nada, sino una invitación a la reflexión, preguntas e inquietudes, sugerencias y polémicas. No hay aquí ponencia que no refleje experiencias de trabajo con bases populares. Puede haber entusiasmo y frustración, pero sobre todo esperanzas en las modestas utopías posibles.

Lo que no hay son certidumbres. Así debe ser.